JOSÉ MARÍA DE CARNERERO Y SU DEFENSA CALDERONIANA EN *CORREO LITERARIO Y MERCANTIL* Y *CARTAS ESPAÑOLAS*

Marta Manrique Gómez
McGill University

La atención dedicada por la crítica a la aportación intelectual de José María de Carnerero a la polémica sobre el teatro del Siglo de Oro [1] y, más en concreto, a la parte que atañe a la obra de Calderón de la Barca [2], que aparece recogida en dos de sus publicaciones periódicas del primer tercio del siglo XIX, *Correo Literario y Mercantil* y *Cartas Españolas*, es prácticamente inexistente. Tal vacío justifica el propósito del presente trabajo de investigación dedicado, en su totalidad, primero, a divulgar uno de los primeros análisis críticos de los escritos de uno de los pensadores españoles más representativos del siglo XIX, aspecto éste ya estudiado someramente por críticos como Tarr, Seoane y Marrast, segundo, a contextualizar y relacionar, por primera vez, parte de los escritos de Carnerero dentro de la polémica calderoniana [3], cuyos conocidos orígenes se remontan al siglo XVIII y,

---

[1] La polémica sobre el teatro del siglo de oro es entendida aquí como un proceso global que abarca todo el siglo ilustrado y se prolonga incluso durante las primeras décadas del siglo XIX en la que se cuestiona de manera intermitente la situación de decadencia del teatro español. Para más información véase la completa obra *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España* (1904) de Emilio Cotarelo y Mori.

[2] Una de las aristas de la polémica sobre el teatro del siglo de oro es la relacionada con el proceso de iconización de Calderón de la Barca y su relación con el proceso de configuración de la identidad nacional española iniciado a mediados del siglo XVIII y continuado durante las décadas centrales del siglo XIX.

[3] A pesar de que el término polémica es citado a lo largo de todo el estudio en la forma singular, en realidad, sería mejor hablar de polémicas intermitentes o sucesivas en las q[4]ue la figura de Calderón ocupa, sin duda, un lugar prioritario.

mediante la que se intenta conseguir, a través de la expresión de diversas muestras de exaltación y aprecio hacia la dramaturgia calderoniana, en palabras de Álvarez Junco, "adaptar la nación a un modelo unido y homogéneo" (83) de una idea muy precisa, al haber sido artificialmente construida, de "lo español". De hecho, con la elaboración y defensa de un modelo como éste, en el que debe incluirse la nueva dimensión que aporta la producción literaria de Carnerero, se pretende alcanzar tanto lo que Espín-Templado define como un intento por "recuperar lo nacional, los valores tradicionales y lo genuino español" (128), como lo que para Fusi es una lucha intelectual por obtener la supremacía y el derecho a imponer una ideas determinadas sobre la idea de España (148-9).

Dicha lucha, a la que Fusi alude, se representa a través de un doble paradigma consistente, por un lado, en el enfrentamiento entre el grupo de los defensores de la conservación del modelo de organización vigente, entre los que se incluye Carnerero, y para los que lo que importa es, tal y como Sánchez-Blanco señala, la restauración de las virtudes, el estilo o la cultura de algún tiempo pretérito" (131) y, por otro lado, entre el grupo de los defensores de su transformación, quienes a diferencia de los anteriores, se empeñan en modificar y regenerar, nuevamente según palabras de Fusi, las "atrofias congénitas e insuficiencias constitutivas" (16) del país que perviven desde el pasado. En realidad, el desacuerdo de los españoles a la hora de definir su identidad a lo largo de la evolución de la historia de las ideas en España ha dado lugar a la construcción de una doble realidad identitaria, de la que no podemos huir incluso en el momento presente, que es la que verdaderamente configura y define, de acuerdo al término propuesto por De Lorenzo Álvarez, "la dimensión espiritual del ser español" (91).

Carnerero toma parte activa, mediante sus escritos y publicaciones periódicas, en la ardua labor emprendida anteriormente por diversos intelectuales, literatos y políticos de mediados del siglo XVIII, destinada al cuestionamiento y reflexión acerca de qué es España y qué significa *ser español*, pero partiendo en su caso de una postura ideológica clara y definida desde el principio, afín con el influyente y poderoso núcleo intelectual conservador de principios del siglo XIX que desea y trabaja para que la tradición alumbre los caminos del país. Para este sector ideológico y, por extensión, también para Carnerero, lo considerado como lo mejor es siempre lo perteneciente al pasado de España, a la tradición nacional española, por ser la única y posible vía

que, en su opinión, consigue expresar el verdadero patriotismo. De ahí que el acalorado debate que inician para alcanzar su preservación implique la supresión o modificación en función de sus propios intereses de aquellos datos del pasado que no respondan o que no encajen con su proyecto ideológico.

En estrecha relación con este aspecto se encuentra la simbología que encierra el término Siglo de Oro, recuperado en los escritos de Carnerero y, citado poco antes, en un pasado no tan remoto, por Nicolás Böhl de Faber en su *Diario Mercantil* de Cádiz y en *Mercurio Gaditano*, López Soler en el periódico *El Europeo* de Barcelona, Erauso y Zabaleta en su *Discurso crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las comedias de España, contra el dictamen que las supone corrompidas, y a favor de sus más famosos escritores, el Doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio, y Don Pedro Calderón de la Barca* y Francisco Mariano Nipho en su *Diario de un Estrangero*, entre otros. Todos ellos consideran dicho periodo perteneciente al pasado como el punto de arranque de un proceso destinado a que la colectividad reconozca y reafirme su propia existencia individual y comience a proyectarse como integrante de la colectividad que comparte un pasado glorioso común. Tal atención mostrada hacia una época gloriosa del pasado no es exclusiva para España, sino que, en palabras de Smith, ésta es también la estrategia seguida por otros países europeos para recuperar "the unsuspected glories of one national genius after another, each drawing inspiraron from the Golden Age and poetic landscape of his or her ethnic community" (89-90). En relación con lo anterior, una de las figuras claves y señeras del Siglo de Oro español es el dramaturgo Calderón, cuyo nombre comienza a relacionarse y vincularse con la idea de lo español y a venerarse como símbolo identificador del carácter nacional, sin duda, aprovechándose de la autoridad cultural que el dramaturgo inspira.. En palabras de Carnero, Calderón consigue representar para el sector conservador "el compendio de las cualidades distintivas del carácter español" (307) y, probablemente, la inclusión de su figura en el debate ha terminado perjudicando y simplificando la interpretación y apreciación de su compleja obra, puesto que, en palabras textuales de Pérez Magallón, dicha obra ha sido tratada unidireccionalmente con inevitables "connotaciones conservadoras, católicas, intolerantes y xenófobas" (277). Como consecuencia de todo este proceso, Calderón forma parte hoy de ese conjunto de símbolos e iconos característicos de una de las posibles maneras de entender la identidad nacional que, al ser men-

cionados o simplemente aludidos, provocan siempre una reacción de apego sentimental a la nación y a las ideas y actitudes vinculadas con esos símbolos.

El intento de manipulación y exaltación de Calderón que ha llevado históricamente la ideología conservadora se observa también en muchos de los escritos de Carnerero, el principal foco de estudio del presente trabajo, al que Tarr llega a considerar "the most prominent and influential man of letters of the time" (32) capaz además, en palabras de Seoane, "de cambiar sutilmente de matiz político en honor de los gobiernos que se sucedieron" debido a que "su pluma se orientaba como el girasol hacia la luz que irradiaba el poder" (134). Seoane no va mal encaminada cuando, entre las muchas actividades contradictorias realizadas por Carnerero, destaca que fue el redactor principal de la *Gaceta de Madrid* bajo el reinado de José Bonaparte y que, poco después, favorecido por el duque de Orleáns durante su exilio en Francia, regresó durante el Trienio liberal y dirigió el periódico *Indicador de las Artes y los espectáculos* en el que destaca la presencia de constantes movimientos políticos y diversas actuaciones públicas. Lo más fuerte aun no había llegado, ya que, a partir de entonces, no siguió al gobierno constitucional a Cádiz y, en el giro más espectacular de su vida, logró sentarse a la mesa del duque de Angulema. Para terminar, algo le costó hacerse perdonar sus veleidades liberales por Fernando VII, pero lo consiguió y de este modo pronto pudo ocupar un lugar destacado en la pobre vida intelectual y artística de aquellos días (134) y gozar así de mayor libertad de expresión y acción que el resto de sus compatriotas bajo un sistema de dura censura y represión impuesto como consecuencia de la terrible década perteneciente al régimen absolutista fernandino.

A pesar de que la trayectoria político-ideológica de Carnerero no termina aquí, puesto que continua avanzando y superando los obstáculos típicos de su momento histórico, nosotros sí nos detendremos en esta última etapa de la misma, la correspondiente al régimen absolutista fernandino y, más en concreto, el quinquenio comprendido entre 1828 y 1833 durante el cual nació y murió su primera publicación periódica de cierta relevancia en el panorama político y literario de Madrid, *Correo Literario y Mercantil*. En palabras de Marrast, ésta fue la primera publicación periódica que le permitió "adqui[rir] un papel de primer orden en el mundo literario de Madrid" (226). Poco después, dos años antes de que desapareciera su *Correo Literario y Mercantil*, logró licencia para publicar su segunda revista "literaria", *Cartas*

Españolas, que tampoco estaba exenta de la presencia de múltiples y variados tintes de carácter político acordes con la línea ideológica de la publicación anterior. *Cartas Españolas* con una vida aun más efímera comenzó a publicarse el 26 de marzo de 1831 y el 1 de noviembre de 1832 cesó su publicación para convertirse poco después en *Revista Española*. Seoane menciona que tanto *Cartas Españolas* como *Revista Española*, "era[n] muy superior[es] a todas las revistas que le[s] habían precedido, tanto literaria como tipográficamente" (134) hablando. Además, la nueva *Revista Española*, después de adaptarse, gracias a los mecanismos de ajuste y manipulación bien conocidos por su director, a las nuevas circunstancias políticas de aquel entonces, pasó también a ocupar un papel significativo en la prensa política y literaria de los años comprendidos entre 1832 y 1836. En realidad, la fuerte presencia de Carnerero antes, durante y después de la década absolutista le convierte en una figura a considerar en la vida literaria, cultural y política en la España de su época.

De su primera publicación, *Correo Literario y Mercantil*, Seoane menciona que "las cuestiones políticas estaban absolutamente proscritas" dentro de ésta, "si no se entienden por tales las adulaciones al rey y a los ministros con que había de pagar el derecho a su existencia" (133). Aquí argumentamos que este planteamiento de Seoane es cierto sólo en parte. Es decir, aunque, por un lado, la aparición de múltiples adulaciones al monarca son muy frecuentes en numerosos artículos publicados en *Correo Literario y Mercantil*, especialmente porque la existencia diaria de esta publicación periódica dependía del favoritismo y la protección otorgados por el mismo monarca; sin embargo, por otro lado, a lo largo de sus páginas no es extraño encontrar, disimuladas bajo la excusa o pretexto de la frágil plataforma de *lo literario*, nuevas y variadas cuestiones políticas mucho más complejas que las simples adulaciones y halagos formulados para exaltar la grandeza del régimen absolutista. En concreto, esta estrecha relación y simbiosis entre ambos mundos, el literario y el político, se manifiesta en las múltiples reapariciones y comentarios dedicados a Calderón y a toda su época, a lo largo de las múltiples páginas que conforman los distintos números de *Correo Literario y Mercantil*.

De hecho, dada la rica y compleja preparación intelectual de Carnerero no nos resulta difícil pensar que pudiera conocer de antemano la trayectoria seguida por la figura del dramaturgo barroco a lo largo de una buena parte del siglo XVIII y durante

las dos primeras décadas correspondientes a la centuria del XIX y que, consecuentemente, intentara continuar en esa línea. En otras palabras, Carnerero era consciente del lugar primordial que Calderón había ocupado en el pasado en la disputa en la que participaron muchos pensadores, políticos e intelectuales de cierta relevancia en el panorama cultural español y en la que la figura del dramaturgo barroco se utilizó para discutir "en qué consistía ser español" (Manrique-Gómez y Pérez-Magallón 429). Dicho de otro modo, Carnerero sabía que la figura de Calderón había servido como uno de los puntos de partida a partir del cual los diversos pensadores intentaban definir y configurar los rasgos diferenciadores y característicos del carácter nacional de los españoles. Esta es la razón por la que el debate en torno a la producción dramática de Calderón trasciende las razones puramente estéticas y/o literarias y se convierte en un asunto de cierta relevancia política para la configuración de los rasgos esenciales de la nación que los representantes de cada bando ideológico-político quieren configurar a partir de sus propias convicciones ideológicas. En palabras de Bezhanova y Pérez-Magallón, Calderón se convierte en uno de los instrumentos favoritos de la clase dirigente a partir del que se pretende "articular el sentimiento de nación y, por tanto, construir la base emotiva, psicológica e ideológica del nacionalismo" (103). En estas y no en otras se encuentran las razones de la elección y reaparición de Calderón en las distintas polémicas.

Pocos años antes de la aparición de *Correo Literario y Mercantil*, tuvo lugar uno de los más acalorados e importantes enfrentamientos o polémicas calderonianas. Nos referimos a la conocida *querella calderoniana* (1814-1820) en la que, tal y como bien menciona Sullivan, el enfrentamiento entre "Böhl de Faber and José Joaquín de Mora pushed Calderon's critical reception in the direction of political controversy, and this reached the proportions of a national scandal by the year 1820" (27). Aquí abogamos por la idea de que en clara consonancia con este aspecto y dimensión política alcanzados por Calderón a lo largo de la *querella*, algunos de los artículos correspondientes a las dos publicaciones periódicas de Carnerero, *Correo Literario y Mercantil* y *Cartas españolas*, siguen en la misma dirección u orientación política expresadas por el mismo Böhl de Faber en el pasado. En otras palabras, en estas dos publicaciones periódicas de Carnerero existen ciertas resonancias e incluso réplicas de la postura ideológica mantenida por Böhl de Faber a lo largo de la *querella*. En concreto, ambos, alemán y español, coinciden a la

hora de pensar y defender que una literatura como la de Calderón es nacional porque representa el modo de sentir del pueblo español y especialmente su verdadero "carácter y fisonomía." De hecho, si esto no fuera así, ¿de dónde procede el repetido intento de ambos pensadores por destacar los numerosos beneficios que comporta el mantenimiento de las costumbres nacionales y especialmente de aquellas estrecha y directamente relacionadas con la religión católica de las que Calderón es el máximo representante? A ello alude Carnerero en su artículo publicado el viernes 25 de septiembre de 1828 en su *Correo Literario y Mercantil* [4]: "oradores tenemos actualmente que honrar la literatura española en alto grado […] contra la irreligión y contra los vicios que empañan el esplendor de las costumbres expoliando las maravillas del criador supremo." Véase que nuevamente lo que se persigue aquí es conservar y preservar el pasado nacional español.

La misma idea e interés reaparece en el siguiente extracto aparecido el 18 de agosto de 1828, también en *Correo Literario y Mercantil*, en el que nuevamente defiende la importancia de reforzar y mantener la idea tradicional de España: "todos los pueblos se componen de diferentes costumbres, y la multitud de los españoles (que están muy lejos de ser bárbaros, como tácticamente quieren decir algunos necios extranjeros) concurre con gusto a unas funciones nacionales, *las de Calderón*, que recuerdan la memorias de varones ilustres, y de hechos heroicos." (El subrayado es mío). En otras palabras, Carnerero defiende la idea de que la conservación y el mantenimiento de la literatura española perteneciente al Siglo de Oro y, en especial, a Calderón, sin contaminaciones extranjeras es la clave para preservar los verdaderos valores esenciales de España. Supuestos éstos que le sitúan nuevamente en la línea defensora del más férreo conservadurismo, que aboga por el mantenimiento de la herencia literaria nacional, tan exaltado y xenófobo como el ya defendido por Böhl de Faber en los documentos pertenecientes a la *querella* y a partir del que lo que verdaderamente se pretende es mantener, preservar, defender y, por momentos, recuperar un determinado tipo de carácter nacional.

Ahora bien, según Carnerero, ¿quiénes están autorizados en

[4] Las referencias textuales del *Correo Literario y Mercantil* han sido extraídas del ejemplar completo del periódico perteneciente a los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

exclusiva a preservar el verdadero carácter nacional español y, consecuentemente, a darle una orientación adecuada? Y, ya puestos, ¿cuál es la dirección y orientación que recomienda seguir? La respuesta se encuentra en su artículo publicado el 17 de octubre de 1828 en *Correo Literario y Mercantil* en el que afirma que los únicos que pueden darle una dirección y orientación adecuada son exclusivamente aquellos que como él mismo se encuentran, y aquí viene una de las alabanzas dirigidas a favor de la monarquía y previamente apuntadas por Seoane:

> a la sombra de un rey tan bueno, desvelado por nuestro bien, y cuyo anhelo ha quedado satisfecho hasta habernos visto dirigidos por los principios de una educación tan ventajosa como la que nos ha proporcionado la beneficencia de V.M. Segregados de esa multitud de jóvenes aturdidos, petulantes y copiosos que vagan en medio de la sociedad, y son la deshonra de la especie humana; reunidos bajo la dirección civil y religiosa de unas personas íntimamente unidas al trono de V.M. cuyo blanco es la salvación de las almas, cuyo timbre la gloria de Dios; aplicados sin intermisión a los ejercicios de piedad y a las honrosas tareas científicas y literarias; bebiendo continuamente máximas de paz, fidelidad, honradez, filosofía cristiana, sólida instrucción, y esperando ser en breve el apoyo del trono, el terror de sus enemigos y la confianza de V.M., la defensa de la fe católica, el consuelo de nuestras familias, la restauración de la patria, la honra de España.

La cita transcrita contiene información esencial que nos permite situar a Carnerero entre el grupo de pensadores que asume tener el derecho total para dirigir el país de la única manera posible, es decir de una manera que exprese la continuidad del *carácter nacional* católico y monárquico. El doble juego de su planteamiento es el siguiente: por un lado, consigue mostrar su apoyo incondicional a la monarquía absoluta de Fernando VII, entre otras razones, para sortear las dificultades impuestas por la dura censura de su reinado y poder seguir así publicando y manteniendo su publicación a flote (Martín 431) y, por otro lado y casi al mismo tiempo, consigue defender los valores tradicionales, católicos y monárquicos, con los que se identifica no sólo la monarquía, sino también él mismo y el resto de intelectuales del grupo conservador español y con los que quieren identificar unánimemente la idea patriótica de España.

En otro de sus artículos Carnerero manifiesta que la futura

orientación que debe darse a la idea de España es aquella que permita "poner en movimiento ciertas pasiones que tienen conexión directa con las nuestras, y que nos tocan no sólo por analogía, sino también por identidad" (*Correo Literario y Mercantil;* 12 de septiembre de 1828). En otras palabras, lo que aquí le importa es especialmente la preservación de las costumbres que expresen un cierto grado de españolismo (planteamiento en el que encaja a la perfección el icono calderoniano al que aludirá directamente poco después) para que el pueblo español recupere a través de ellas, no sólo "un carácter de originalidad y un sabor a cosa española," sino también, y especialmente, su verdadero carácter, en el mismo estado en que se encontraba en la época de "Felipe IV, que fue la más brillante de nuestra literatura nacional" (*Correo Literario y Mercantil*; 6 de Mayo de 1831). De Calderón llega a decir en un artículo fechado el 17 de Abril de 1833 y publicado en su *Correo Literario y Mercantil* que:

> aunque inferior a Lope en la variedad de caracteres, y a Tirso de Molina en la fuerza y el chiste de la frase, era superior a entrambos en el artificio de la invención, en la *verosimilitud* de los incidentes y en la maestría de un diálogo a veces sobrado culto, pero siempre armonioso, caballeresco y urbano. Reina en sus comedias cierto punto *fanático* de honra muy propio del *orgullo nacional*, cierto *espíritu* de hidalguía, hijo de una generación que todavía se acordaba de los pizarros, guzmanes y corteses. Hablando a un concurso de índole sobradamente vidriosa y pendenciera, seríalo presentándole a porfía ingeniosas copias de tan pundonorosos modelos. Sus damas blasonan de más altivas que las de Lope, sus galanes de más caballerosos que los de Tirso, sus barbas en fin más que las de sus antecesores de espadachines e hidalgos. Calderón es menos fluido que el primero y menos cáustico que el segundo, pero dotado de concepción superiormente dramática y por consiguiente más acreedor de los risueños lauros de Talía. (La cursiva es mía)

De la cita anterior se desprende que para Carnerero la autoridad calderoniana es tal que llega incluso a superar al resto de dramaturgos de su propia época. De hecho, en su opinión, la manera de recuperar el verdadero espíritu del carácter español no se encuentra en la lectura de Tirso o en la de Lope de Vega, sino especialmente en la de Calderón, dando a este último dramaturgo la importancia que históricamente le han concedido y reconocido sus antecesores en el terrero ideológico (Böhl de Faber y

Erauso y Zabaleta, entre otros) y situándose él mismo con semejante afirmación en su misma línea de pensamiento. De la misma manera que para sus antecesores, Calderón es el único que compendia en sus dramas el orgullo y el carácter e identidad nacional del pueblo español y de ahí la necesidad que siente de venerarlo.

Otra de las publicaciones periódicas de Carnerero, *Cartas Españolas* [5], contiene una sección especial que, aunque parece estar dedicada a la publicación exclusiva de artículos de carácter anónimo y aparente contenido literario, sin embargo, me atrevo a apuntar que nuevamente la verdadera motivación de esta sección era la política. Es decir, mediante los artículos publicados en esta sección de su revista, Carnerero, posible autor de algunos de estos artículos, trata de reafirmar y reforzar, esta vez a través de la idea preexistente de *lo español* en el exterior, los valores más tradicionalistas del carácter nacional dentro del suelo español. En otras palabras, aunque, en la teoría, el "objetivo" perseguido a través de estos artículos era divulgar el grado de recepción y apreciación que nuestra literatura estaba teniendo en el exterior, en la práctica, lo que verdaderamente importaba de ellos era divulgar la manera con que el resto de Europa nos percibía como pueblo o nación, política, cultural y socialmente hablando para, en cierta medida, tratar de reforzar aquellos atributos y valores que, en su opinión, mejor nos definen, identifican y diferencian frente al resto de naciones. Sin ir más lejos, una de estas composiciones titulada "Carta a un español residente en París," que aparece en el primer tomo de la revista, el correspondiente a 1831, contiene el siguiente comentario hacia Francia:

> leo con la mayor desconfianza unos periódicos tan dictados por la pasión, y tan llenos de falsedades, como la mayor parte de los que se publican en esa capital: cuando hablan sobre todo de cosas nuestras, son insoportables. Díganlo las revoluciones que suenan diariamente en España, siendo así que Madrid y toda la monarquía disfrutan de la paz más completa. Que se desengañen: esta paz está arraigada en el corazón de los españoles, por temperamento, por juicio, por experiencia, y por el amor que profesan a sus reyes.

[5] Las citas textuales que hacen referencia a *Cartas Españolas* han sido extraídas de los dos volúmenes completos de dicha revista pertenecientes a los archivos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Este extracto que se muestra nuevamente elogioso hacia la monarquía, publicado en *Cartas Españolas*, me permite argumentar que con la publicación en su publicación periódica de semejantes elogios a favor de la monarquía absolutista de Fernando VII, Carnerero se proponía alcanzar dos objetivos esenciales: primero, calmar a la población demostrándole, de alguna manera, la estabilidad del aparato monárquico dentro del país, obviando así el peligro y amenaza de los partidarios carlistas que amenazan con destruirla y, segundo, ensalzar y recordarle al pueblo que el amor y respeto a la monarquía era uno de los elementos y valores esenciales y definitorios del carácter español. En otras palabras, Carnerero divulga la idea de que el respeto a la monarquía y a todo lo que ésta conlleva va ligado a la idea de "lo español," entre otras razones, porque en ella se apoya el enorme aparato o tejido ideológico que conforma lo que él entiende como identidad nacional española.

Otro de los artículos pertenecientes a la sección de emigrados políticos es el titulado "Carta de un español residente en Nueva York, al editor de las *Cartas Españolas*," que también aparece publicado en el primer tomo de la revista, el perteneciente a 1831. En el caso concreto de este artículo, se quiere dar a entender que los comentarios proceden originalmente de las opiniones que el redactor de la *Revista de Filadelfia*, Mr Roberto Walsch, había formulado con anterioridad sobre la literatura española y, en concreto, la del Siglo de Oro, en la que encaja perfectamente el caso de Calderón. De este modo, a través de las opiniones de Walsch, Carnerero se propone demostrar el respeto, la admiración y la defensa hacia los dramaturgos del periodo áureo español, que algunos críticos con un nombre reconocido habían formulado en el exterior de España para, posiblemente, atacar de manera indirecta a todos aquellos que habían mostrado anteriormente y estaban mostrando en aquel momento tanto dentro como fuera del país falta de respeto y disconformidad hacia los cánones de dicha literatura. Este artículo es doblemente interesante e importante para nuestro estudio, puesto que en él se alude nuevamente a la exclusiva capacidad de Calderón para representar y compendiar el verdadero carácter del pueblo español:

> Al echar una ojeada sobre el conjunto de las obras de Calderón, y considerándole como el sucesor inmediato de Lope, veremos que durante los muchos años en que fue dueño absoluto de la escena española, no intentó ni efectuó ninguna variación notable en el teatro. […] Nos presenta de antemano un mundo ideal de bellezas, de esplendor y de per-

> fecciones, que nada contiene que no pertenezca a los más puros elementos del *carácter español*. […] Con todos sus defectos inevitables, no puede menos de concluirse diciendo que es uno de los más extraordinarios fenómenos de la poesía.
>
> Admira ciertamente, amigo mío, ver el entusiasmo con que el redactor de la *Revista de Filadelfia*, que voy citando, habla cada vez que se ofrece del *carácter español*. Esto prueba el servicio que nos ha hecho en los países extranjeros el estudio de nuestra rica literatura, que se ha considerado justamente como la expresión de los sentimientos del pueblo que la ha sabido producir. (La cursiva es mía)

En la cita transcrita se repite la idea ya aparecida en artículos anteriores de esta misma publicación y de *Correo Literario y Mercantil*: que los dramas de Calderón contienen y representan los valores y sentimientos esenciales de los españoles centrados en el respeto a la monarquía y a la religión católica. De hecho, como, para Carnerero, Calderón es el único dramaturgo del anhelado y artificialmente construido Siglo de Oro que mejor entiende y representa lo que para él significa *ser español*, todo aquél que se proponga criticarlo y atacarlo, con todo lo que ello implica, lo que está haciendo es indirectamente criticar y atacar a España. Dicho espíritu enemigo del carácter tradicional de España es descrito por Carnerero en uno de los artículos publicados en el tomo primero de su revista, el correspondiente al año de 1831: "este gran pueblo [el español], tan notable por sus principios religiosos, tan fiel a sus instituciones monárquicas, tan empeñado en conservarlas, tan caracterizado, en fin, por su fisonomía nacional, en medio de las convulsiones de los tiempos modernos."

Dentro de esta misma sección de *Cartas Españolas*, aunque contenido ahora en el segundo tomo de la revista que fue publicado en su totalidad durante el año de 1832, bajo el título de *Literatura Holandesa*, aparece el artículo "Carta de don Crisófilo Nauta, viajante y corresponsal de la tertulia de la baronesa de Barbadillo," en el que curiosamente se hace una revisión del estado de esplendor de la literatura holandesa de la época de Calderón y curiosamente de la decadencia en que ésta terminó por intentar imitar a finales del siglo XVII los modelos franceses:

> el darle la última perfección estaba reservado para Hooft, escritor admirable y lleno de vivacidad y fuego, que floreció

> al principiar el siglo XVII. […] Hooft es uno de aquellos talentos eminentes, que se han desenvuelto en toda su dimensión, y que han obtenido la justa recompensa que merecían. Al fin del silgo XVII, la literatura holandesa declinó, y el gusto comenzó a corromperse. Los escritores, en vez de seguir la inspiración del ingenio, de presentarse al tono de la composición, y a la naturaleza del asunto, y en lugar de querer agradar a los lectores, adoptan para su idioma las reglas que Boileau y otros críticos establecieron en Francia. Como era de esperar, la originalidad del estilo, y la fuerza de los pensamientos, cedieron a los absurdos del pedantismo y al desmayo de la imitación, y desde entonces no volvió a aparecer composición ninguna notable.

¿No es lo ocurrido en el caso holandés similar al caso español? ¿Significa Hooft para Holanda lo mismo que Calderón para España? Al menos para Carnerero parece que sí al tratar de demostrar que los dos escritores, Calderón y Hooft, consiguieron elevar la literatura de sus respectivos países a un estado de esplendor inigualable. De hecho, lo que consigue al ejemplificar lo ocurrido en el caso de Holanda, y presentarlo como un caso paralelo a la situación particular de España, es precisamente darle más fuerza a la imagen de Calderón, tratar de hacer aún más daño a sus enemigos, los partidarios de Francia dentro de España, y reforzar, nuevamente, dentro del país la importancia de la defensa de la idea tradicionalista del carácter nacional español. En otras palabras, Carnerero nos da a entender a través de este artículo que si Holanda perdió su carácter e identidad tradicional por el olvido de la literatura de Hooft, España podrá también perder el suyo si se olvidan los valores representados en la literatura de Calderón. De hecho, lo que no quiere que ocurra de ninguna manera es que se olvide la larga historia y el significado que ha ocupado a lo largo de todo el proceso de formación de la identidad nacional española la figura y símbolo del dramaturgo.

La revista *Cartas Españolas* cesó su publicación el 1 de noviembre de 1832 posiblemente porque Carnerero prefirió involucrarse a partir de entonces en la *Revista Española*, un proyecto más amplio y de mayor envergadura que *Cartas Españolas*. El primer número de la *Revista Española* apareció el 7 de noviembre de 1832, cuando ni siquiera había transcurrido una semana desde la desaparición de *Cartas Españolas,* y pocos días antes del nombramiento de María Cristina como regente, portadora de intenciones políticas claramente liberalizadoras y

en contra de los absolutistas extremos. Por la cercanía de las fechas entre el fin de una revista y el comienzo de la otra, Seoane considera esta última publicación de Carnerero como una continuación de *Cartas Españolas* (135), aunque eso sí mostrándose plenamente comprometida con las nuevas circunstancias políticas presentes y características de un nuevo momento histórico a las que Carnerero sabe adaptarse con suma facilidad hasta conseguir ocupar, de la misa manera que ocurriera con las publicaciones anteriores, un papel de cierta preponderancia en la prensa político-literaria de los años comprendidos entre 1832 y 1836.

En conclusión, la empresa periodística de Carnerero o al menos las dos publicaciones periódicas analizadas en el presente estudio tienen por objeto revalorizar, redescubrir y, en cierta medida, proteger, el carácter tradicionalista del pueblo o nación española al que Wulff se refiere como "colectivo entregado a la causa del catolicismo y absolutismo integristas" (123). El modelo que Carnerero sigue para alcanzar su objetivo no dista mucho del ya utilizado anteriormente por otros ideólogos, políticos y literatos de su misma ideología, Böhl de Faber, Erauso y Zabaleta y Mariano Nipho, entre otros. De la misma manera que todos ellos, Carnerero también se propone mediante la revalorización de la figura y obra calderoniana y la importancia concedida al Siglo de Oro participar en el proceso de construcción de un modelo de identidad nacional española basado esencialmente en el modelo imperial existente en el pasado.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ JUNCO, José. *Mater Dolorosa*. Madrid: Taurus, 2001.

BEZHANOVA, Olga y Pérez Magallón, Jesús. "La identidad nacional y Calderón en la polémica teatral de 1762-64." *Revista de Literatura* 56 (2004): 99-129.

CARNERO, Guillermo. "Juan Nicolás Böhl de Faber y la polémica dieciochesca sobre el teatro." *Anales de la Universidad de Alicante*. *Historia Moderna* 2 (1982): 291-317.

Cartas Españolas. Periódico. Madrid, 1831-1832.

Correo Literario y Mercantil. Periódico. Madrid, 1828-1832.

DE LORENZO ÁLVAREZ, Elena. "Visiones azorinianas de la Ilustración." *Dieciocho* 22.1 (Spring, 1999): 87-100.

FUSI, Juan Pablo. *España. La evolución de la identidad nacional*. Madrid: Temas de Hoy, 2000.

MANRIQUE GÓMEZ, Marta y Pérez Magallón, Jesús. "Menéndez Pelayo y la apropiación conservadora de Calderón." *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXXXII (Enero-Diciembre 2006): 429-452.

MARRAST, Robert. *José de Espronceda et son temps. Littérature, société, politique au temps du romantisme*. Madrid: Crítica, 1989.

PÉREZ MAGALLÓN, Jesús. "Hacia la construcción de Calderón como icono de la 'identidad nacional.'" *El teatro del Siglo de Oro ante los espacios de la crítica*. Ed. Enrique García Santo-Tomás. Madrid: Iberoamericana, 2002. 275-305.

SÁNCHEZ BLANCO, Francisco. *La mentalidad ilustrada*. Madrid: Taurus, 1999.

SEOANE, María Cruz. *Historia del periodismo en España, II. El siglo XIX*. Madrid: Alianza, 1983.

SMITH, Anthony. *National Identity*. Reno: U of Nevada P, 1991.

SULLIVAN, Henry. "Calderon's Reception in Spain during the Romantic Era, 1800-1850." University of Otawa: 27-54.

TARR, F. Courtney. "Larra`s Duende Satírico del Día." *Modern Philology* XXVI (1928-1929): 31-46.

TEMPLADO ESPÍN, M. J. "El costumbrismo como materia teatral durante el periodo romántico." *Romanticismo* 6 (Nápoles, 27-30 de Marzo de 1996): 127-134.

WULFF, Fernando. *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (Siglos XVI-XX)*. Barcelona: Crítica, 2003.